

LETRAS

letrillas

LETRONES

CARTA DE BARCELONA

Ahora le llaman Jack

De Bumby, el primogénito de Hemingway, había visto muchas fotografías, la mayoría de ellas de cuando era un bebé rollizo y simpático, pero también fotografías de la época en que comenzaba a hablar y el pobre se había aprendido de memoria la dirección (acabó transformándose en una canción) que tenía que recitar si alguna vez se perdía:

Dix bis Avenue des Gobelins
Dix bis Avenue des Gobelins
Dix bis Avenue des Gobelins
Allí es donde vive mi Bumby

La dirección que el niño recitaba no era la de sus padres, sino la de la *femme de menage* que éstos habían contratado para él y que vivía en ese número de la Avenida de Gobelins. Esa dirección, ya cantarina de por sí, iba a ser veinte años

más tarde la canción de marcha de los irregulares de Hemingway cuando ayudaron o se anticiparon a la liberación de París.

Le había visto a Bumby en muchas fotografías—hay una muy curiosa en la que Gertrude Stein y Alice B. Toklas le están lavando con aire muy maternal en una bañera al aire libre—, pero durante mucho tiempo me estuve preguntando qué habría sido de ese simpático Bumby de las fotografías, de ese Bumby que había hecho feliz a su padre cuando nació. El primer hijo, varón además. La gran ilusión de *papá* Hemingway.

¿Seguía viviendo? Y si vivía, ¿seguía llamándose Bumby a los ochenta años? ¿Y dónde podía vivir mi Bumby?

Un día, le vi en la revista *Hola*, ya no se llamaba Bumby—ese nombre no aparecía para nada en el reportaje— sino Jack Hemingway. Iba vestido de patrón de yate, con traje azul cruzado y un pañuelo rosa al cuello. Le habían hecho unas fotografías con su segunda mujer en su casa de Sun Valley, en los Estados

Unidos. Decía no tener problemas por ser hijo de quien era. Un hermanastro suyo, en cambio, sí que los había tenido. Pero no era su caso, consideraba que había tenido suerte, ya que sus padres se habían separado siendo él muy pequeño. Su madre, Hadley Richardson, se había casado más tarde con Paul Mowrer, un periodista de prestigio y el mejor padraastro que pueda tener nadie, y de pronto se encontró pensando que era mucho más afortunado que los demás chicos, porque tenía *dos padres* y ellos sólo uno.

Al verle en aquellas fotografías me acordé de que su verdadero nombre era John Hadley Nicanor Hemingway. Lo de Nicanor había sido un homenaje de su padre al torero Nicanor Villalta, al que acababa de descubrir en su primer viaje a Pamplona y al que idolatró de inmediato. Bumby estaba en gestación en esos días pamplónicos y su padre estaba convencido de la influencia vigorizante de los toros en los niños aún no nacidos. De hecho, Bumby estuvo a punto de llamarse Nicanor Villalta Hemingway, pero a última se salvó de tamaña incomodidad para ir por la vida y por suerte para él la cosa quedó sólo en Nicanor. Ahora, por lo visto, le llaman simplemente Jack.

Le había visto en fotografías pero hace unos años le vi *de verdad* en Roma, cerca de la plaza del Panteón. Me pareció un hombre muy pulcro, elegante, bastante alejado de las zafias turbulencias de su padre, todos sus gestos emitían un sentido exquisito de la cortesía. Estaba sentado con su mujer al atardecer de un día de abril en la terraza del Café Bertini. Le reconocí de inmediato y me quedé observándole casi fijamente. Le miraba con tanta ternura que me pareció que le estaba viendo como si fuera mi hijo.

Extraña forma de verle, lo reconozco. Para no ir por esa vía disparatada, evoqué las figuras de su verdadero padre y de su abuelo, ambos suicidas. Me pregunté por qué Bumby no se había matado como ellos. Tal vez sus buenos modales y educación se lo impedían. O tal vez simplemente era un hombre fe-

liz, y lo había sido siempre. Deseé con fuerza que fuera así y me descubrí a mí mismo queriendo lo mejor para Bumby y de nuevo volviéndole a ver —tal vez porque no tengo descendencia— como si fuera mi hijo.

No pude evitar sentirme *el tercer padre* de Bumby. Me situé lo más próximo que pude a *mi hijo* y traté de escuchar de qué hablaba con su mujer, pero ellos no tardaron en ponerse en pie y marcharse, se perdieron por las callejuelas del barrio, seguramente camino de la plaza del Panteón. Pero antes de marcharse creí oírle decir algo, una sola frase, pero suficiente, la frase me pareció ingeniosa, la recuerdo muy a menudo, aunque me pregunto siempre si realmente la dijo. Creí oírle decir, aunque mi inglés no es muy bueno:

—Un hombre cortés evita pisar la sombra de su vecino.

Siempre que pienso en esa frase me digo que él tal vez es mejor escritor que su padre, pero no lo sabe.

Mi pobre Bumby. Espero no haberle pisado su sombra. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

POLÍTICA

“Gracias, OBL”

El primer martes de noviembre del 2002 fue un gran día para el Partido Republicano. Por primera vez en más de ochenta años, los votantes no castigaron al partido en el poder en las elecciones de medio término. Pero el electorado norteamericano no sólo evitó el castigo: recompensó al partido del presidente con una victoria abrumadora. Los republicanos mantuvieron el control de la Cámara de Representantes y recuperaron, con dos victorias dramáticas, el mando en el Se-

nado. Por si fuera poco, tres gubernaturas clave, que aparentemente estaban en riesgo, se quedaron vestidas con el tradicional rojo del partido de la derecha en Estados Unidos. Los demócratas no

pudieron ganar en Tejas ni lograron recuperar Nueva York. Mucho menos alcanzaron su soñada meta, la añorada venganza del 2000: arrebatarle Florida a Jeb Bush. Nada, ni siquiera eso. Después de años de bonanza clintoniana, los demócratas viven su hora más oscura.

Los republicanos deben dar gracias a muchos personajes. Primero que nada, deberán agradecer al presidente Bush. Su creciente popularidad y su esfuerzo en los días previos a la elección fueron centrales para que varios

candidatos republicanos se alzaran con la victoria. La labor de Bush tiene una explicación: las elecciones legislativas (y las estatales, para gobernador) eran centrales para que el presidente siguiera adelante con su agenda doméstica e internacional. Pero, más importante aún, el triunfo en dos o tres contiendas era absolutamente necesario para garantizar una reelección en el 2004, asunto que, ahora, parece casi un hecho.

El partido en el poder también debe agradecer la aparición de ese azaroso fantasma que, para desgracia de los demócratas, se paseó por los pasillos del Capitolio en el momento menos indicado: la muerte. En el 2000, el Partido Demócrata perdió a Mel Carnahan, candidato para el Senado por Misuri. Aquella elección, sin embargo, estaba demasiado próxima y el candidato republicano no pudo aprovechar el vacío: la viuda de Carnahan, Jean, ganó el escaño de su marido. Pero la historia fue diferente esta vez. Jean Carnahan pagó su novatez política y perdió, por el más

estrecho de los márgenes, frente a su reator, un republicano que, para colmo, se apellida *Talent*.

La muerte también se vistió de rojo en uno de los episodios más tristes de la campaña del 2002. El senador demócrata Paul Wellstone, un carismático campeón de lucha grecorromana y amigo de México, perdió la vida en un accidente aéreo un par de semanas antes de la elección. En una apuesta temerosa, los demócratas postularon a Walter Mondale, veterano de mil batallas, para tratar de llenar los zapatos de Wellstone. La desaparición de Wellstone bien pudo significar el mayor golpe de suerte de la campaña para los republicanos. Mondale perdió frente a Norm Coleman, el exitoso ex alcalde de Saint Paul.

Pero más que demostrarle gratitud a Bush o al negro azar, los republicanos le deben poner un altar a su gran estrategia. Los hombres del presidente contaron con el apoyo de un hombre que salió de la oscuridad, con prodigiosa inteligencia y táctica de ajedrecista, para darle nueva vida a un partido que parecía perdido en el recuerdo de la Guerra Fría. Todos los senadores, representantes y gobernadores republicanos deben prepararse para enviar una invitación con letras de oro, para su próxima convención, al personaje que hizo posible el triunfo en el 2002: *Mister Osama Bin Laden*.

Sin Bin Laden, sin los ataques del 11 de septiembre, la victoria republicana sería impensable. Ahora es posible saber, al menos en términos de política local, hasta qué grado lo ocurrido en Nueva York fue un parteaguas. La cosa es sencilla: el 9-11 cambió la historia política de Estados Unidos. Tradicionalmente, el partido en el poder sufre derrotas significativas en las elecciones de mitad de periodo. Pero la tradición se acabó cuando apareció en el escenario Mr. Bin Laden y el resto de sus barbados asesores. El electorado norteamericano dejó atrás años de historia y comportamiento predecible, y ahora optó por darle un respaldo absoluto al presidente en tiempos de guerra. George W. Bush tiene ya ese mandato sim-



Ayer “Bumby”, boy Jack Hemingway.

bólico que se le escapó en el 2000. Ahora puede presumir de tener el apoyo absoluto de su gente en los tres ámbitos centrales de la política de Estados Unidos. Al más puro estilo republicano, vendrán nombramientos conservadores para la Suprema Corte y más recortes impositivos. Y, por supuesto, seguirá creciendo el nido de los halcones. Lo que hace dos años parecía un mal chiste, ahora es una realidad: Bush llegó para quedarse. *Thank you, Mister Bin Laden.* —

— LEÓN KRAUZE

FISICOMATEMÁTICAS

Jerzy Plebański y la conjetura relativista

V isité Varsovia y Cracovia para hablar con los colegas y alumnos de Jerzy Plebański, el destacado fisicomatemático polaco que echó raíces y fructificó generosamente en México desde hace cuarenta años, por lo que el Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav) del Instituto Politécnico Nacional le rindió un merecido homenaje. Plebański pertenece a una tribu de científicos de la talla de Leopold Infeld, colaborador cercano de Albert Einstein, quienes tuvieron un papel crucial en la consolidación de la física como una ciencia asombrosamente exacta.

Los matemáticos y físicos polacos son famosos. Nicolás Copérnico revolucionó en 1530 nuestra visión de los cuerpos celestes, y fueron algunos matemáticos polacos quienes descifraron el *Enigma*, el código secreto de los nazis. María Sklodovska Curie creó su propia leyenda en la física experimental a fines del siglo XIX y principios del XX. Cuando Albert Einstein completó sus trabajos sobre la relatividad, sólo los más finos fisicomatemáticos reconocieron de inmediato el valor de sus ideas. Antes de su muerte, acaecida en 1968, Infeld recordaba que, luego de leerse en Cracovia el artículo de Einstein, un investigador exclamó: “¡Ha nacido un nuevo Copérnico!” Fue el profesor Sta-

nislaw Loria quien se encargó de proclamar el hallazgo en un encuentro internacional. Al oírlo, el físico alemán Max Born, salió de ahí y se dirigió a la biblioteca, donde pidió el original del volumen decimoséptimo de los *Annalen der Physik* y leyó el citado trabajo. No deja de ser irónico que, años después, y en parte inspirado por la obra de Einstein, Born introdujera la interpretación probabilista de la teoría cuántica, cosa que casi todo mundo acepta en lo general, y fuera precisamente el mismo Einstein quien se opusiera a ella con encono hasta el final de su vida.

Jerzy Plebański escribió un libro junto con Leopold Infeld, publicado en Londres en 1960 bajo el título de *Movimiento y relatividad*, donde ambos resumen su experiencia en la búsqueda de certezas alrededor de la teoría más descabellada con respecto al espacio-tiempo y el universo en el que ello sucede. ¿Por qué es descabellada? Sobre todo porque nos enseñó una serie de lecciones inéditas sobre las leyes de la naturaleza. La geometría plana es la geometría euclidiana de los griegos, expuesta en los trece libros de los *Elementos*, escrito por Euclides en Alejandría hacia el año 300 antes de nuestra era, y que todavía se sigue estudiando. Dicha geometría se funda en postulados o en axiomas que nadie cuestionó hasta mediados del siglo XIX. Si en cantidades iguales se ejecutan operaciones aritméticas iguales, permanecen iguales. El punto se define como algo que tiene únicamente posición y no extensión. Un punto engendra una recta, y ésta, al moverse, genera un plano. Un plano que se mueve engendra un sólido, el cual, por convención, definimos como algo que tiene tres dimensiones: largo, ancho y alto. Finalmente, por un punto situado fuera de una recta puede trazarse con respecto a ésta una paralela y sólo una.

La geometría no euclidiana, desarrollada por Lobachevski y Riemann en el siglo XIX, demostró que era posible establecer un sistema lógico para trazar figuras imaginarias en la mente de los matemáticos, sin presuponer el postulado de las paralelas formulado por Eu-

clides. La mecánica clásica, o ciencia de los cuerpos en movimiento, desarrollada principalmente por Galileo y Newton en los siglos XVI y XVII, empleaba la geometría rectilínea de Euclides y suponía en sus argumentos —sobre todo para fundar las llamadas “leyes” de la gravitación— las teorías e hipótesis que entonces se tenían por convincentes, pero que hasta hoy no se han probado. De acuerdo con ellas, el tiempo y el espacio son siempre mutuamente independientes, y además infinitos, palabra que significa algo mayor que cualquier cantidad dada.

En la teoría de la relatividad, el espacio es finito y curvo, y de volumen limitado, aunque, a semejanza de la superficie de una esfera propiamente dicha, no tiene confines. La mecánica clásica concebía las cosas *en relación con* cuerpos rígidos, que servían de punto de referencia en todo el universo; y *con* relojes e instrumentos de medir, cuya marcha y longitud no cambian al moverse con aquellas velocidades casi iguales a la velocidad con que se propaga la luz (lo cual es falso), *con* órbitas o trayectorias de los planetas y estrellas fijas, *con* acciones que se efectúan en el vacío (o sea, en un vacío en teoría desprovisto de toda partícula de materia), y *con* velocidades uniformes e inmutables, instantánea o simultáneamente en todo el universo.

La física clásica o cuasi euclidiana privilegiaba al observador, planteamiento que la teoría de la relatividad refutó. En cuanto a su instrumental matemático, era sin duda el adecuado para recorrer la faz de la Tierra, pero no para un viaje a las estrellas, ya que las “transformaciones matemáticas” clásicas cambiaban la forma pero no la cantidad. El observador clásico establecía un sistema de coordenadas, con el que se fija la posición de un objeto, y para ello empleaba ciertas magnitudes, como por ejemplo la distancia al ecuador. Consideraba el universo en que vivimos como algo continuo, lo cual significa, sencillamente, que las características fundamentales y comunes de éste, tal como las percibe el observador, son idénticas y continuas.

Así, la contribución más valiosa de

Albert Einstein reside en las conexiones que estableció en cuanto a la naturaleza física del universo, lo cual fascinó a miles de físicos y matemáticos en todo el mundo, entre ellos muchos distinguidos polacos. A sus 74 años de edad, Jerzy Plebański es reconocido como un virtuoso de las operaciones algebraicas. Su colega Henri Trautman, decano de la Academia de Ciencias de Varsovia; sus alumnos y los profesores Kraszinski y Babański, del Instituto de Física de la Universidad de Varsovia, así como Piotr Kielanowski, de la Universidad de Cracovia, coinciden en que la intensidad y perfección con que Plebański abordó la resolución de ecuaciones exactas en la teoría de la relatividad pueden equipararse a las de Chopin. Maestro del ajedrez y aficionado a la pintura, su contribución al florecimiento de la física teórica en México es fundamental, y el cultivo de las relaciones con Polonia le valieron la condecoración del Águila Azteca en 1976.

Gracias, Jerzy. —

— CARLOS CHIMAL

SOCIEDAD

Una violencia cotidiana e inimaginable

Para quien vivió en el México de las décadas de los sesenta a los ochenta y redescubre el país a principios de la de los 2000, nada es más sorprendente que el lugar que ocupa la violencia cotidiana, tanto en los comportamientos como en las conversaciones y la reflexión intelectual. A reserva de un análisis futuro, haré algunas observaciones, que serán otras tantas invitaciones a la discusión y a continuar reflexionando más sistemáticamente.

Asistimos a una serie de contactos sin precedentes entre sectores sociales que antes vivían a relativa distancia social y espacial. El mundo enmarcado y jerárquico del PRI, a la cabeza del cual tronaba el señor presidente, ha dejado lugar a un mundo infinitamente más fluido en el que los microenfrentamientos se multiplican. Los códigos de com-

portamiento en la vía pública son, probablemente, el mejor testimonio de esta novedad. La multiplicación inopinada del número de vehículos —automóviles, microbuses, autobuses y camiones de carga— provoca comportamientos inéditos en muchos sentidos. Hace unos treinta años, incluso hace diez, los “buenos carros” eran “respetados”. Fueran quienes fueran sus conductores —choferes, ejecutivos, señoras bien o juniors agresivos—, tenían una especie de prioridad natural sobre los demás vehículos. Esa forma de jerarquía ya no existe, sin que se imponga un código de caminos que se traduzca en una nueva igualdad entre las clases sociales y a la vez un principio de similitud. La atmósfera es más bien de una “guerra de todos contra todos”, o una forma de lucha de clases en extremo individualizada. No se percibe al automovilista vecino como alguien con quien se comparte un espacio común, en función de un mínimo de reglas de urbanidad, sino como un rival capaz de todas las trampas para ocupar un espacio que se considera propio. No hay, o hay muy pocas reglas de prioridad que tengan valor absoluto frente a la fuerza que permite imponerse. Esa fuerza puede residir en la velocidad y en el peso de un BMW o un Ford Explorer de gran cilindrada, o en la venganza de los pobres con el peso y el volumen de un microbús, un camión de carga o un autobús. Los guardaespaldas de las clases acomodadas, de los políticos o diplomáticos estadounidenses, no dudan en hacer uso de la fuerza que constituye una cuadrilla de camionetas 4x4, ni en enarbolar ostensiblemente sus armas para avisar que uno tiene que estacionarse o dejarlos pasar. Por su parte, los choferes de taxis y microbuses no se privan de acorralar a los “fresas” y a la gente bien, especialmente si se trata de mujeres.

Esta situación, la multiplicación de los microenfrentamientos, se une a un impresionante aumento de la violencia cotidiana. No hay nadie que haya escapado de ser víctima de un asalto a mano armada, con frecuencia lleno de brutalidades inauditas y de violencia sexual

contra las mujeres, o bien que no conozca personalmente a la víctima de un percance parecido. Y de hecho, la obsesiva repetición de estos delitos pesa sobre todos los comportamientos cotidianos. Las trabajadoras domésticas buscan el mejor lugar para esconder su paga semanal cuando regresan a su casa en transportes colectivos. Los miembros de clase media ya no llevan ropa ni joyas de valor por miedo a que se las arrebaten. Ya no le hacen la parada, sin más, a un taxi que pasa por la calle, y viven en el terror de un secuestro exprés cuando van al cajero automático. Los ricos se pertrechan en las calles cerradas, y sólo frecuentan los lugares públicos más sofisticados y protegidos. Obnubilados, no sin razones, por las amenazas de raptos con exigencia de rescate, muchos envían a sus hijos a estudiar al extranjero y también vacacionan fuera del país.

La brutalidad del comportamiento de los automovilistas, lo mismo que la inseguridad, son temas que han invadido la conversación. Nada es más revelador que los sentimientos y las reflexiones que se expresan al platicar con los capitalinos. Los comentarios sobre los comportamientos dicen mucho sobre la imposibilidad de transformar el desplome de las barreras jerárquicas en relaciones de veras igualitarias marcadas por el sello de la igualdad. Los ricos y los de clase media estigmatizan la descortesía de las clases populares explicándola a través de su naturaleza —“la raza” o “los indios”—, su profesión —“maneja como obrero”—, a sus orígenes rurales e indígenas —“es de rancho”, “es una prófuga del metate”. Las clases medias y populares denuncian con toda justeza las representaciones amasadas con una mezcla de racismo y de restos jerárquicos de los “fresas”. Los hombres, y no solamente los de las clases populares, sucumben a la envidia en el comentario machista sobre la “incapacidad congénita” de las mujeres de las clases medias o altas para conducir autos. Tampoco olvidan en sus comentarios a las mujeres de las clases populares, cuyo acceso al volante los destrona de su estatus de machos.

Lo que se dice sobre la inseguridad también es emblemático de este “espíritu de los tiempos”. Todo se comenta como si fuera un fenómeno natural, una multiplicación de los ciclones debidos al “Niño”, o a los terremotos. Se discute la mejor manera de protegerse y de escapar a la violencia como si no se tratara de un conjunto de hechos sociales que tienen lugar en un contexto histórico particular. Al escuchar tales discursos, pareciera que volvemos a encontrarnos con las conductas que Max Weber daba como ejemplo cuando evocaba las acciones colectivas no sociales que resultan de una yuxtaposición de gestos reflejos: una multitud de transeúntes que abren sus paraguas cuando empieza un aguacero. Así pues, es muy lógico que casi todo el mundo considere que la descortesía al volante, tal como la violencia cotidiana, de cierta manera no tienen remedio. También se coincide en considerar que la actuación de la policía y la de la justicia no tienen ningún efecto. El consejo de Jorge Ibarguengoitia en sus *Instrucciones para vivir en México* sigue siendo un credo indiscutible: “En caso de problemas, no llame a la policía, para no tener otro problema.”

La omnipresencia de estos temas en las conversaciones y las conductas se acompaña de un fenómeno paradójico en el campo intelectual. La novela policiaca se ha dedicado a describir tales sucesos y ciertos cineastas se han vuelto sus cronistas, como sucede en la extraordinaria *Amores perros* y en *Perfume de violetas*. Distintos periódicos les consagran reportajes, con frecuencia notablemente bien informados. Por ejemplo, el *Reforma* encargó una crónica —“La ciudad y el crimen”— a un jurista, Rafael Ruiz Harrell. Hay ex policías que han publicado sus puntos de vista y documentos muy interesantes: *Contra el crimen organizado* (Océano) y *Atlas de la delincuencia en la ciudad de México*. En cambio, si bien algunos universitarios han dedicado trabajos a la gran criminalidad ligada al narcotráfico, la falta de civilidad y el crimen ordinario no han sido objeto de ninguna investigación sistemática. Aunque se dispone de

estadísticas policiales sobre la delincuencia, no se las estudia, o muy poco, y se las discute aún menos. Tampoco se dispone de estudios detallados sobre los delitos menores o la política de lucha contra el crimen. Todo sigue como si la criminalidad, o la falta de civilidad, no pudieran constituir objetos científicos sobre los cuales urgiera arrojar luz.

El hecho es aún más paradójico si consideramos que hay numerosos debates públicos, en los que los intelectuales juegan un papel principal, que tratan directamente de estos fenómenos. Así, mientras que las discusiones sobre la corrupción y los estudios históricos o sociológicos se multiplican, a ningún investigador se le ocurre que la violencia cotidiana puede estar relacionada con la corrupción. Una amiga, víctima de un secuestro exprés, contaba que uno de sus agresores se justificaba con este curioso razonamiento: “Salinas y su hermano robaron, y con su política mi empresa se fue a la quiebra. Tengo que buscar de donde sea para la colegiatura de mis niñas.” Es evidente que el aumento de los delitos no tiene que ver solamente con la crisis económica, sino también con el descubrimiento de que una buena parte de la clase política robó durante años en la más completa impunidad. De la misma manera, los participantes en los debates acerca de los derechos humanos no hacen ninguna incursión en el campo de la violencia cotidiana. Los intelectuales demandan, con razón, que se esclarezcan ciertos asesinatos, como el de Digna Ochoa, o bien matanzas como la de Aguas Frías en Oaxaca. Pero nunca se interesan en la violencia cotidiana, que tiene puntos de contacto con esos acontecimientos de cariz más político.

Nadie duda que las investigaciones socioantropológicas que siguieran las huellas de la escuela de Chicago revelarían algunos aspectos inéditos de la mal llamada “transición mexicana”. Pero tampoco hay duda de que quien llevara a cabo tales investigaciones se podría exponer a la estigmatización de la que fue víctima Oscar Lewis por *Los hijos de Sánchez*. Es, pues, indudable que la tarea

de pensar lúcidamente, y, de ser necesario, a contracorriente, sobre los problemas reales del país honraría a los universitarios, lo mismo mexicanos que mexicanistas. —

— GILLES BATAILLON
Traducción de Una Pérez Ruiz

TELEVISIÓN

Un pacto con Ozzy Osbourne

El sentido común dice que quien participa en un programa de “televisión de realidad” hace un pacto con el diablo. Sencillo, sin demasiadas complicaciones: “Nos entregas tu vida, la desnudamos y manipulamos frente a las cámaras y durante los próximos quince minutos (o quince días o quince meses) todo mundo recordará tu nombre.” Es un trato difícil de resistir si se tienen más sueños que talento. Por eso nunca faltan incautos dispuestos a participar y el resultado es ampliamente conocido: cientos de personas deambulan por las calles de Río, Madrid o Nueva York repitiendo la misma cantaleta: “Sí, soy yo, el ‘loco’ (o el ‘niño bonito’ o la ‘sentimental’) del programa X. Sí, estoy esperando mi oportunidad para convertirme en estrella de telenovela (o cantante de rancheras o símbolo sexual).”

Estos ingenuos vendieron su alma a cambio de poco o nada, ¿pero qué pasa



Una familia disfuncional.

cuando se invierten los papeles y la televisora es la que hace el pacto con el diablo? Esto fue lo que le pasó a un canal de televisión estadounidense cuando empezó a hacer tratos con el rockero Ozzy Osbourne, a quien se conoce afectuosamente como “El Príncipe de las Tinieblas”. Al contrario de otros protagonistas de la televisión de realidad, Ozzy ganó la oportunidad de reactivar su carrera sin ceder algo realmente significativo: como estrella de rock, nunca tuvo una vida privada como la entendemos el resto de los mortales. Obtener tanto a cambio de nada es un gran negocio, incluso para un diablo reformado.

Claro que a sus 56 años Ozzy no es ningún neófito en la manipulación de su imagen pública; durante décadas había explotado sin piedad la adicción al escándalo que padecen los medios. Sin embargo, su última creación, *The Osbournes*, supera con mucho cualquier cosa que haya hecho antes: en lugar de fortalecer la imagen de “chico malo” del ex vocalista de Black Sabbath, una rutina que ya tenía bien dominada, el programa lo ha reinventado como modelo de paternidad responsable. Esta transición de enemigo de las buenas conciencias a icono familiar era impensable hace apenas unos años, y para mí es evidencia incontrovertible de que no hay límites para la imaginación de los publicistas de nuestro tiempo.

Para poner las cosas en perspectiva, habría que comparar a los dos Ozzys que conocí. El primero, *circa* 1970 a 2000, tenía las credenciales de maniático que necesita todo exponente del rock pesado que se respete: se rumo raba, entre otras cosas, que era líder de uno o varios cultos satánicos y que además era un abusador sádico de animales. (Este último rumor se fortaleció mucho después de que, en un arrebato inducido por quien sabe qué drogas, le arrancó la cabeza a una paloma que planeaba liberar enfrente de un grupo de reporteros.) Osbourne era un pésimo ejemplo para la juventud estadounidense y los medios no perdían oportunidad de criticarlo. Sus discos se vendían co-

mo pan caliente y algunos, incluyéndome, los escondíamos debajo de la cama.

El segundo Ozzy, *circa* 2001-2002, es en cambio uno de los padres predilectos de Estados Unidos. Seis millones de personas se congregan frente al televisor para verlo pasear por su casa en pantuflas, mientras pone cara de asombro ante dos hijos adolescentes sobreprotegidos y sobrealimentados. Este Ozzy muestra total obediencia ante su esposa y repite hasta el cansancio “fuck” (que puede traducirse libremente al español mexicano como “chingada”). Es el nuevo modelo de paternidad responsable y libre y los medios lo adoran. Sus discos han vuelto a venderse como pan caliente, pero ahora mi padre le regala un ejemplar a mi hermana adolescente.

El cambio ha sido confuso para mí, pero supongo que es muy sencillo entender el atractivo del segundo Ozzy. Frente al televisor, no puedo evitar reír ante la domesticación de Osbourne y, por analogía, de su generación. Desde la música de fondo en la entrada del programa hasta la displicente paternidad de Ozzy, el programa tiene todos los elementos de las grandes comedias familiares estadounidenses, con un atractivo extra para los jóvenes que crecieron escuchando rock pesado y que ahora son a su vez padres preocupados. Osbourne representa la redención a la que aspira todo adolescente alocado que de pronto se convierte en padre responsable; y no hay nada que los estadounidenses aprecien más que un converso, especialmente uno que pasó por años de rehabilitación y aún ahora acude al psicólogo todos los días. Ficción o no, los Osbournes resultan una familia entrañable aunque un tanto descafeinada.

No hay forma de saber cuánto va a durar este segundo Ozzy, pero mientras escribo esto escucho que su fortuna personal se ha incrementado considerablemente y que la segunda temporada de su *show* saldrá o ya salió al aire en Estados Unidos. El antiguo príncipe de las tinieblas hizo un trato digno de su fama y no es el único que está sonriendo. —

— JAIME LÓPEZ-ARANDA TREWARTHA

Voices

de la democracia

Un programa
radiofónico-televisivo del
Instituto Federal Electoral

Radio

Escúchelo en vivo
los miércoles de
10:30 a 11:30 hrs.
por Radio UNAM, en
860 de AM

Televisión

◆ Véalo diferido en
Canal del Congreso los lunes y
viernes de 10:00 a 11:00 am.

(sujeto a cambios)

◆ Canal 13 de EDUSAT
los lunes de 17:00 a 18:00 hrs.

Consulte la programación en

www.ife.org.mx

Comentarios y sugerencias en

Vocesdelademocracia@ife.org.mx



ILUSTRACIÓN

Edward Gorey: la vena ligera de lo macabro

Se puede asumir a Edgar Allan Poe como primer modelo de un síndrome surgido en Norteamérica el día en que puso pie sobre ella el primer aventurado holandés o inglés, quien amedrentado por sus proporciones continentales, inmensa y oscura, la descubrió llena de secretos. La perversión que describe Poe como cuadro clínico en sus relatos traduce ese clima espiritual, hecho de culpa sublimada y violenta redención, que vino a poblar Nueva Inglaterra con revisiones actualizadas de viejos fantasmas familiares. Después de que el círculo de Lovecraft (quien —según Borges— era un parodiador involuntario de Poe) convirtiera estos horrores al orden cósmico desde diversos *pulps* de terror y ciencia ficción, la veta de lo macabro se vio convertida en una manifestación de pop marginal dada a lo subversivo e irreverente.

Es ahí donde cabe Edward Gorey, feliz espécimen dado a la peculiaridad esperpéntica de sus antecesores, quien ilustra la permanencia de esta evanescente tensión de lo sobrenatural en sus breves cuadernos ilustrados, dados al público durante los años cincuenta (hoy valuados objetos de coleccionista) y reunidos en un volumen publicado en 1972, cuyo título, *Amphygorey*, obedece a la vocación del autor por jugar con su nombre. (La edición en castellano acaba de salir este año bajo el sello de Valdemar.)

El trabajo de Gorey como ilustrador —que recuerda la minucia de los grabados de Doré o la clara prestancia de las viñetas de A.A. Milne (autor de las historias de *Winnie the Poob*)—, así como el sesgo mórbido de sus temas —que bordean el límite donde el humor negro se convierte en otra cosa—, generaron un culto en torno de su obra, editada y distribuida por él mismo bajo el sello Fantod Press. La compilación, editada por Putnam, lo consagró (tanto que le siguieron otros dos volúmenes, *Amphygorey Too*, 1974, y *Amphygorey Also*, 1983) como

una figura emblemática del sentido macabro de la existencia —en la misma línea que el caricaturista Charles Adams— y, por tanto, se convirtió en uno de sus proveedores más solicitados. Fue asiduo colaborador de publicaciones que iban desde *Vogue* hasta *Sports Illustrated*, ganó un Tony por el diseño de producción de la puesta en Broadway de *Drácula*, y es famosa la cortinilla animada que hizo para la serie *Mystery!* de la PBS. La nota paradójica la da el hecho de que Gorey nunca valoró demasiado su trabajo como dibujante.

En contraste con el morbosos barroquismo de sus ilustraciones, los relatos que las acompañan, evanescentes y con un retintín de vieja escuela, son propensos a una inquietud (casi una pregunta) de orden metafísico. Porque hay una pregunta, sardónica, sobre el sentido de la vida, sobre el mecanicismo íntimo de las relaciones humanas, atrapadas en el doble pliegue donde lo público invade lo privado, tan inocuo como estremeceador, como punta del iceberg que revela una comunidad secreta innumerable. Para ejemplo, un botón: en su cuaderno ilustrado *La dresina del Willowdale, o el regreso de la muñeca negra*, Gorey nos presenta a tres paseantes que, para matar el tedio de una tarde estival, suben a una dresina o grúa móvil en la estación de tren de la localidad, y la llevan durante meses a lo largo de las vías, al encuentro

de un hilo múltiple de historias —museo de horrores— de las que son apenas testigos tangenciales. El viaje sigue, inexorablemente, hasta que entran a un túnel en las colinas del cual nunca llegan a salir. El contenido alegórico es obvio, tanto como para suponerlo adorno del feliz sinsentido que tiene, en su progreso y acumulación, la vida humana. Y más que eso, el sentido del humor con que debe asumirse. Los monstruos con zapatos deportivos son su invención.

Gorey muere en abril del 2000 convertido en fuente de inspiración de maestros posteriores de lo macabro infantil, como por ejemplo Tim Burton, quien como realizador cinematográfico ha traído nuevos personajes al imaginario popular (Beetlejuice, Edward Scissorhands), así como reformulaciones de otros (Batman, Ed Wood). Existe una veta literaria en Burton, vista de refilón en su musical animado *The Nightmare Before Christmas*, que hace rimar, con una presteza de otro tiempo (semejante a la de Gorey), sucintas vidas de ejemplaridad oscura, niños pingüino y niñas vudú de crasos destinos, reunidas en el volumen ilustrado *La melancólica muerte de Chico Ostra* (Gorey tuvo también su catálogo de muertes infantiles, *Los pequeños macabros*), todo lo cual vio su versión española en la siniestra mano de Francisco Segovia. —

— RICARDO POHLENZ



Edward Gorey: A is for Amy who fell down the stairs.